



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A INDIA

CONCELEBRACIÓN EUCARÍSTICA EN EL PARQUE SHIVAJI

HOMILÍA DE JUAN PABLO II

Bombay, domingo 9 de febrero de 1986

«Pondré dentro de vosotros mi espíritu» (Ez 36, 27).

Queridos hermanos hermanas:

1., Estas palabras del Profeta Ezequiel encuentran su cumplimiento en el Cenáculo de Jerusalén. En la vigilia de la pasión, Cristo dice a los Apóstoles: «El Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que os he dicho. *La paz os dejo, mi paz os doy*» (Jn 14, 26-27).

Nos hemos reunido hoy en esta ciudad de Bombay, capital del Estado de Maharashtra, para rezar de forma especial por esta paz que da Cristo, por esta paz que se comunica los corazones humanos y a las comunidades humanas mediante el poder del Espíritu Santo.

Es Dios quien *transforma el corazón humano*, como el Profeta Ezequiel proclama elocuentemente: «Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo; os arrancaré ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne» (Ez 36, 26).

2. La Iglesia jamás cesa de proclamar la verdad de que la *paz* en el mundo *tiene sus raíces en el corazón humano, en la conciencia* de todo hombre y mujer. La paz sólo puede ser el fruto de un cambio espiritual, que comienza en el corazón de todos los seres humanos y se extiende a las comunidades. La primera de estas comunidades *es la familia*. La familia es la *primera comunidad llamada a la paz, y la primera comunidad que hace la llamada a la paz*: paz y fraternidad entre

individuos y pueblos.

Por esta razón nuestra meditación y oración de hoy está centrada en la familia. Esperamos que *un gran clamor por la paz y la fraternidad* se eleve desde esta pequeña y básica célula de la sociedad, Este grito deberá llegar a todos los grupos; deberá llegar a la familia de cada nación y finalmente a la gran familia de todas las naciones del mundo.

Que se unan en esto la voz de India y la voz de la Iglesia.

Elevamos esta voz en el lugar en el que, hace unos veinte años, el Papa [Pablo VI estuvo con vosotros](#) durante el Congreso Eucarístico Internacional, aquí en *Bombay*. Fue aquella una ocasión excepcional en la que por primera vez en la historia un Sucesor de San Pedro visitaba vuestra madre patria. Hacia el final de aquellos días históricos, Pablo VI manifestó su admiración por el pueblo de India y de esta ciudad con las siguientes palabras: «En nuestra memoria, Bombay permanecerá como el símbolo y síntesis del gran continente de Asia, con sus culturas y tradiciones ancestrales, con sus grandes poblaciones, con su deseo sincero de paz» ([4 de diciembre de 1964](#)). Doy gracias a Dios por el privilegio de seguir las huellas de mi predecesor. Estoy complacido de haber podido viajar a numerosos lugares importantes de vuestro vasto país. Es una gran alegría para mí estar con vosotros hoy en Bombay. Os aseguro que, cuando me marche, también llevaré en mi corazón un vivo recuerdo de las *ricas culturas y tradiciones de India*. Recordaré *vuestro sincero deseo de paz*, y atesoraré mi experiencia de la *vitalidad ;le la Iglesia en esta tierra ancestral*.

Deseo dar un saludó especial al arzobispo Pimienta, a sus obispos auxiliares y a todos mis hermanos obispos de esta región de India. Junto con ellos, saludo a mis hermanos sacerdotes, a los religiosos y religiosas, y a todos los fieles. Mis saludos no van sólo a los hermanos cristianos, sino también a los hermanos y hermanas de las religiones hindú, musulmana, sij, budista, jainista, parsis, y también a todas las autoridades religiosas y civiles de este lugar. En especial saludo a *las familias* de Bombay y de toda India, y aprovecho esta ocasión para reflexionar con vosotros sobre el papel de la familia cristiana en la construcción de un nuevo mundo de paz.

4. «Pondré dentro de vosotros mi espíritu» (*Ez 36, 27*). Cuando dos seres humanos, un hombre y una mujer, se acercan al altar, como *ministros del sacramento del matrimonio*, la Iglesia invoca al Creador. Pide al Espíritu Santo que descienda sobre las dos personas que han da convertirse en marido y mujer y que están para iniciar una familia.

Vivirán bajo un mismo techo y *crearán un hogar*. El hogar es el sitio donde la familia vive, *el marco externo de esa vida*. Pero a la vez existe también *el misterio interno de sus corazones*. Las personas no sólo viven en un hogar; crean también un hogar. Lo crean por el hecho de "vivir" cada uno en el corazón del otro: el marido en la mujer y la mujer en el marido, los hijos en los padres y los padres en los hijos. El hogar paterno es la convivencia mutua de los corazones

humanos.

Así en el hogar vemos reflejado el misterio del que Cristo habla en el Cenáculo: «Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y *vendremos a él y en él haremos morada*» (Jn 14, 23).

5. La liturgia de hoy nos recuerda *la imagen maravillosa de la comunidad matrimonial y de la familia* tal cual aparece siempre descrita en las Sagradas Escrituras. Se encuentra en la Carta a los Efesios, en la que San Pablo habla de la unión de un hombre y una mujer en el matrimonio cristiano: «Gran misterio es éste, pero *yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia*» (Ef 5, 52). El amor del marido y de la esposa tienen su modelo en el amor de Cristo hacia la Iglesia y reflejan este autor en el mundo. Jesús expresó su amor de la forma más completa en la cruz, cuando sacrificó su propia vida por su Esposa, la Iglesia. El Espíritu Santo, que cada uno recibimos en el bautismo y en la confirmación capacita a los maridos y a las esposas a amarse entre sí con un mismo amor de sacrificio. Por esto San Pablo exhorta a los maridos con las siguientes palabras: «Maridos, *amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella, para santificarla*» (Ef 5, 25-26). El amor de Cristo dura siempre y constantemente da vida y fruto. Asimismo, los esposos cristianos están indisolublemente unidos el uno con el otro en una unión que tiene como finalidad hacer surgir y nutrir nueva vida.

6. *Toda pareja* que se acerca al altar para convertirse en ministros del sacramento del matrimonio deberá tener esta imagen ante sus ojos. En este sacramento la Iglesia invoca al Espíritu Santo, para que con su poder santificador provoque en el hombre y la mujer *un cambio conyugal de corazón*, un cambio que se convertirá en fundamento firme del compromiso matrimonial.

Este cambio conyugal de corazón es a la vez una *consagración* especial en el matrimonio (cf. *Humanae vitae*, 25). Al entregarse el hombre y la mujer uno a otro, *consagran a Dios* sus almas y sus cuerpos para que de esta unión pueda desarrollarse una comunidad familiar completa, *una comunión de amor y vida*.

Maridos y mujeres reciben esta comunión como *un don*, un don que tienen el deber de profundizar y ampliar. A través de la transmisión responsable de la vida, aceptarán gozosamente a los *hijos* como un signo de fecundidad y como un don de Dios. Por el nacimiento de un niño, que requiere un mayor amor de sacrificio, descubren su propia unión, que se profundiza y se amplía para incluir a otros. En las palabras de nuestro sabio indio Rabindranath Tagore, se reconoce esta verdad:

«Cada niño que nace / trae consigo el mensaje / que Dios no ha perdido fe en la humanidad».

Para el Concilio Vaticano II, la paternidad responsable significa que los padres deberán «atender tanto a su propio bien personal como al bien de los hijos, ya nacidos o todavía por venir,

discerniendo las circunstancias de los tiempos y del estado de vida, tanto materiales como espirituales, y, finalmente, teniendo en cuenta el bien de la comunidad familiar, de la sociedad temporal y de la propia Iglesia» (*Gaudium et spes*, 50), El Concilio prosigue: «Cuando se trata, pues, de conjugar el amor conyugal con la responsable transmisión de la vida, la índole moral de la conducta no dependa solamente de la sincera intención y apreciación de los motivos, sino que debe determinarse con criterios objetivos, tomados de la naturaleza de la persona y de sus actos, criterios que mantienen íntegro el sentido de la mutua entrega y de la humana procreación, entretejidos con el amor verdadero» (*ib.*,51).

Vemos en las aseveraciones de Mahatma Gandhi ciertas semejanzas. Mientras él afirma que «el acto generativo debe ser controlado para el crecimiento ordenado de la humanidad», se hacía esta pregunta: «¿Cómo se ha de conseguir la suspensión de la procreación?». Y contestaba: «No por medios inmorales o artificiales..., sino por medio de una vida de disciplina y de autocontrol». Y añadía: «Los resultados morales sólo pueden conseguirse con medios morales». Esta, queridos hermanos y hermanas, es la profunda convicción de la Iglesia.

Más aún, es función de la familia en todas partes y en cualquier sociedad proclamar que toda vida humana es sagrada desde el momento de su concepción. Es deber de la humanidad rechazar cualquier cosa que hiera, debilite o destruya la vida humana, cualquier cosa que ofenda la dignidad de un ser humano.

7. *La familia así llamada* por la palabra del Dios vivo a ser una comunidad de paz y fraternidad. Al mismo tiempo, *la familia llama* a todos los individuos y a todas las naciones a ser una comunidad semejante.

Antes que nada, para poder desarrollarse apropiadamente, *la familia necesita una atmósfera social de paz y fraternidad* que proteja sus derechos. Es significativo que la situación de la familia en India presenta hoy ciertos signos alentadores: la estima en que se tiene la mutua fidelidad; los laudables esfuerzos que se hacen para promocionar la dignidad de la mujer; el cuidado de los padres por sus hijos y la devoción de los hijos hacia sus padres: la atención prestada a la calidad de las relaciones interpersonales en el matrimonio y a la educación de los hijos, para mencionar sólo algunas.

Por otra parte, la familia hoy día se encuentra bajo *una enorme tensión* debido a ciertas tendencias de la sociedad moderna, al desarrollo acalorado y a otras presiones. La familia se enfrenta con riesgos de fragmentación y con el quebrantamiento de la autoridad. Los padres se encuentran en dificultad para transmitir valores auténticos a sus hijos. El crecimiento rápido de la urbanización trae consigo barriadas superpobladas, problemas de vivienda y un mayor índice de desempleo o subempleo: todo esto tiene efectos negativos en la familia.

La bien conocida oposición de la Iglesia a los males morales que afectan a la familia y a la vida

matrimonial se debe a su profunda convicción de que dichos males son contrarios al plan de Dios para la humanidad y violan la *sacralidad del matrimonio, así como los valores de la vida humana*. La Iglesia tiene la responsabilidad de defender los derechos de la familia y todo el bienestar de la humanidad; por eso renueva su compromiso de proclamar la verdad plena sobre el hombre.

8. *La paz y la fraternidad* son también necesarias para la vida de la comunidad local y de los grupos sociales mayores, así como de la nación misma.

La calidad de la vida de una nación, o de cualquier comunidad, depende de la presencia o ausencia de paz y fraternidad. Donde hay una atmósfera de paz, surgen grandes posibilidades de bien que dan a las personal alegría y creatividad, les ayuda a crecer en su madurez y a trabajar juntos como hijos e hijas de un Dios amoroso. Donde hay una auténtica solidaridad fraternal, los derechos de los débiles y los indefensos no son violados; sino que la dignidad y el bienestar de todos están salvaguardados y son promocionados. Sólo podrá haber paz cuando haya justicia, libertad y verdadero respeto por la naturaleza del hombre.

Pero nuestro mundo moderno está demasiado familiarizado con la falta de fraternidad y con la violencia, tensión, discriminación e injusticia. La forma con que afrontamos estos problemas constituye una *prueba* para nuestra humanidad, *una prueba* de la calidad de nuestras comunidades y naciones. Es esto un reto que debe afrontar India y todas las otras naciones del mundo.

9. *La humanidad* en su totalidad también constituye una familia. Es la *gran familia* del hombre, con todas sus variantes.

La causa de asegurar la paz, la justicia internacional y la solidaridad de todos los pueblos en el mundo constituye una *aspiración especial de nuestro tiempo*. Así lo afirman todos los líderes de las naciones y de las Organizaciones internacionales. Casi todos los partidos políticos del mundo tratan de apoyar de una forma u otra programas para la paz. Los movimientos populares y la opinión pública defienden la misma causa. En todos los países la gente está cansada de conflictos y de divisiones. El mundo anhela armonía y paz.

10. Por eso, *la Iglesia* del siglo XX insistentemente *clama por la justicia y por un desarrollo humano integral*. En las Conferencias Episcopales e Iglesias locales, a través de los esfuerzos de las parroquias y de las diversas asociaciones, con la enseñanza y la acción por la justicia, y de muchas otras formas, la Iglesia trabaja por la armonía y la fraternidad. Sobre todo cuenta con la *contribución de las familias cristianas* para dar testimonio del Evangelio de amor fraterno de Jesús.

La Iglesia no cesa de pedir que se le dé «un nuevo espíritu» a la humanidad, que el «corazón de piedra» sea sustituido por «un corazón de carne»; que haya una verdadera paz en los *centros de*

conflicto y en la vida internacional de nuestro tiempo.

El mundo es *el hogar de los individuos, de los pueblos, de las naciones, de la humanidad*. La raza humana es más numerosa que nunca y está adquiriendo un progreso científico y tecnológico jamás vistos. Así el *progreso ético*, el *progreso espiritual*, el pleno progreso humano es más necesario que nunca. A esta respecto, el clamor de la Iglesia expresa —estoy seguro de ello— los sentimientos de muchos corazones aquí, en India.

11. A su vez, la *tierra* —el hogar de las personas— *pertenece a Dios*. La *liturgia* de hoy lo proclama con las palabras del Salmista:

«Dad al Señor, ¡oh familias de los pueblos!, / dad al Señor la gloria y el poderío. / Dad al Señor la gloria de su nombre.. / ¡Tema ante El toda la tierra! / Decid entre las gentes: "¡Reina el Señor!" / Pues El afirmó el orbe y no se conmueve. / *Juzga con equidad a los pueblos...* / El viene a juzgar la tierra. / Regirá el orbe con justicia. / y a los pueblos con equidad» (*Sal* 96/95. 7-10. 13).

Que esta voz, que se eleva del corazón de la Iglesia y se hace una con la voz de India y con el clamor de toda familia establecida según el pacto con Dios, Creador de la vida y fuente del amor., se haga más fuerte. *Que esta voz no quede sin respuesta*. Amén.